

A partir del poema *Cero*, escrito por Pedro Salinas tras los efectos de la bomba atómica, este texto rescata algunas de sus líneas más significativas y destaca la vigencia de su denuncia. En el poema Salinas se pregunta quién puede tenerle lástima a un mapa distante. Partiendo de esta imagen, aquí se plantean otras alturas desde donde se practica este modo de no ver. Las distancias sociales, dice este texto, nos preservan del lejano clamor de los derrotados.

TODAS LAS GUERRAS

Hacia 1949 Pedro Salinas (ese inmenso escritor español nacido en 1892, exiliado a causa del franquismo, fallecido en Boston en 1951) escribió uno de los grandes poemas de nuestra lengua, *Cero*, dedicado a la bomba atómica arrojada sobre dos ciudades abiertas en 1945. No es propósito de estas líneas rescatar todo lo incluido en esa monumental creación, que deberíamos trabajar en los espacios educativos, dentro de los intentos de enseñar poesía respirando poesía y del rechazo a la guerra en cualquiera de sus formas.

Me detengo en uno de los ejes: el tiempo. Salinas vuelve varias veces sobre ese rasgo tan humano, para decirnos:

“Vísperas son capullos. Sí, de dichas; / sí, de tiempo, futuros en capullos. / ¡Tan hermosas, las vísperas! / ¡Y muertas!” Primer momento: lo que estaba por venir, por llegar desde el mañana, es truncado por la bomba.

“Y así, con lentitud que no descansa, / por las obras del hombre se hace el tiempo / profusión fabulosa.” Segundo momento: la construcción del tiempo por la labor constante de generaciones de seres empeñados en crear cultura.

“Tiempo, fila de gracias que no cesa. / ¡Qué alegría, saber que en cada hora / algo que está viniendo nos espera!” Tercer momento: el mañana, la certeza de las horas por venir, es la mayor dicha, nos hace humanos.

“Sigo escombros adelante, solo, solo. / Hollando voy los restos / de tantas perfecciones abolidas. ... / No piso la materia; en su pedriza / piso al mayor dolor, tiempo deshecho. .../ Piso añicos de tiempo. / Camino sobre anhelos hechos trizas...” Cuarto momento: la obra de la bomba ha sido hecha, lo abolido es el tiempo humano. El muerto es “el NO dicho a la muerte” a lo largo de la historia del hombre. No era cualquier bomba la estallada por aquellos años. Salinas comprendió su capacidad infinita de destrucción, ni los muertos quedaban a su paso:

“Por el escombros busco yo a mis muertos; / más me duele su ser tan invisibles.” O bien, este anuncio para siempre en nuestro pobre lugar en el universo: “¿Se

puede hacer más daño, allí en la Tierra? / Polvo que se levanta de la ruina, / humo del sacrificio, vaho de escombros / dice que sí se puede.”

Aquellas bombas eran apenas balbuceos del horror. El poeta las mostraba en todo su poder de borrar tiempo humano, cultura en suma, edificada palmo a palmo desde las primeras palabras y las primeras miradas. Hoy los balbuceos se han convertido en aullidos que recorren sin tregua el planeta. Un cero omnipresente estalla y estalla: “Invitación al llanto. Esto es un llanto, / ojos, sin fin, llorando, / escombrera adelante, por las ruinas / de innumerables días. / Ruinas que esparce un cero —autor de nada, / obra del hombre—, un cero, cuando estalla.”

Es la guerra. Si alguien duda de su presencia, no entiende nada, se imagina en otro planeta hijo de otra galaxia. Es la guerra total. Pero, ¿y si hubiera más de una? Recuerdo la pregunta de Roland Barthes sobre el poder: ¿y si fuera plural, como los demonios? “Legión me llamo, porque somos muchos”, decía el endemoniado en el Evangelio.

Las guerras no son practicadas sólo por los mercaderes de la violencia y de la muerte. Hay otras, como cuando la clase dirigente de un país triplica los índices de pobreza, enajena las riquezas, destruye los sistemas de salud, mina las reservas morales, convierte a millones de seres en mendicantes y abandonados. No hablar de guerra en estos casos, es no entender nada.

El territorio de esta otra guerra es la vida cotidiana; todo se dirige a su destrucción: desfonde de familias, ruptura, a menudo para siempre, de las rutinas del empleo, migraciones, pérdida de los espacios del hogar, caída sin tregua, porque es sabido que en el enriquecimiento y en la miseria, es decir hacia arriba y hacia abajo, no hay límites.

Lo peor de esta guerra es la agresión al tiempo de cada uno. Dos extremos: la reducción de la temporalidad a un terrible esfuerzo por sobrevivir; la horrorosa ampliación del tiempo, por el desempleo y la soledad, tiempo imposible de llenar, inútil, que se escurre como la vida entre los dedos.

Vivimos una guerra contra lo más esencial de un ser humano: el tiempo con sentido, el tiempo de la serenidad, del goce, del estar juntos, de la risa, de la reflexión, de la dignidad de cada vida, de la contemplación, del juego con tus hijos y con tus nietos, de imaginar futuro y no de sentirlo como una amenaza, de la memoria.

Esta guerra, tan guerra como la otra, nos va reduciendo la libertad, expresada en un tiempo con sentido humano. La destrucción frente a la cual creó Salinas su obra, significa la anulación total del tiempo en la muerte. En la destrucción de la vida cotidiana, quedan retazos, harapos de tiempo.

Dos guerras, entonces: el tiempo anulado y el tiempo de la cotidianidad despedazado.

Salinas vio más todavía. En la primera parte de su poema imaginó al piloto del avión mirando desde lo alto, donde la tierra parece un mapa, “¿Y a un mapa distante / quién le tiene lástima?” Hoy esa mirada, todavía algo humana entonces, ha sido reemplazada por los satélites, por los rayos láser, por las pantallas a las cuales se habitúan desde niños quienes deciden tanta muerte.

Pero hay otras alturas, otras distancias desde donde se practica este modo de no ver. Me refiero a las sociales. El poder aguza la mirada en ciertas direcciones y la ciega en otras. Eso del tiempo despedazado le sucede siempre a otros, ¿a quién le puede interesar algo tan lejano? Cuando sólo cuentan las cifras, ¿de qué cotidianidad estamos hablando? Cuando cada día suma una victoria, ¿a qué venir a arruinar la fiesta con el lejano clamor de los derrotados?

Dos formas de la guerra venimos viviendo. Una mata aquí y ahora. La otra lo hace a su ritmo, sin prisa, pero sin detenerse. Una se anuncia con horrenda luminaria, con estallidos, con el humo oscuro de los cuerpos en llamas. La otra calla sus tercas pisadas y acalla a sus víctimas. A los aullidos una, murmurante la otra; un cero que estalla y un cero que estrangula, asfixia, estrecha los espacios cotidianos, desmenuza el tiempo y lo reduce a migajas.

¿Pudo dejarnos Salinas en su poema un hálito de esperanza? No pudo:

“Hay un crucificado que agoniza / en desolado Gólgota de escombros, / de su cruz separado, cara al cielo. / Como no tiene cruz parece un hombre. / Pero aúlla un perro, un infinito perro / —inmenso aullar nocturno ¿desde dónde?—, / voz clamante entre ruinas por su Dueño.”

¿Es posible sostener un hálito de esperanza en un presente atenazado entre dos guerras? No tengo la respuesta, ni puedo hablar a nombre de nadie. Sólo sé que de tiempo en tiempo, al comienzo y a lo largo de una vida, al comienzo y a lo largo de experiencias históricas, los seres humanos nos empecinamos en refundar la esperanza, a contrapelo de todas las guerras.

¡Cómo quisiera para mis seres queridos, para mí, para esta patria lastimada un tiempo de refundar y de sostener la esperanza!

Daniel Prieto Castillo